



PRENSA Y LENGUAJE TERRORISTA: DE CÓMO SE TERGIVERSÓ LA REALIDAD EN LOS PRIMEROS TIEMPOS DEL TERRORISMO BRIGADISTA EN ITALIA

José Manuel Azcona y Matteo Re

La relación que se crea entre el terrorismo y los medios de comunicación ha despertado desde hace años el interés de muchos estudiosos de ciencias de la comunicación, sociología e historia. Tal y como observa Luis Veres existe un vínculo entre periódicos y violencia armada que «supone una especie de simbiosis entre las dos cosas, ya que, si bien los terroristas encuentran en los medios el eco deseado para propagar su denominación o su propio mensaje, los terroristas proporcionan a su vez el espectáculo que los periodistas necesitan para satisfacer a la audiencia».¹ Wilkinson, por su parte, ha señalado que «cuanto más horribles son los crímenes de los terroristas, mayores serán los titulares».² Walter Laqueur, en su obra *Historia del terrorismo*, afirma que «el éxito de una operación terrorista depende casi en su totalidad de la cantidad de publicidad que recibe», y añade que «los medios de comunicación, con su innata tendencia al sensacionalismo, a menudo han engrandado las hazañas de los terroristas mucho más allá de su intrínseca importancia. Grupos armados que contaban quizás con una docena de miembros han sido descritos como si fueran ejércitos».³ En Italia esto no pasó hasta que efectivamente las Brigadas Rojas no empezaron a matar. Antes de algunos acontecimientos-clave (caracterizados no sólo por el agudizamiento de la violencia, sino también por

la tipología de las víctimas), la actitud de la mayoría de los rotativos, se mantuvo dentro una ambigüedad preocupante, que analizaremos en profundidad en este artículo.

El brigadista Alfredo Bonavita reconoció, en una entrevista a Sergio Zavoli, que el papel de la prensa había sido fundamental para engrandecer la magnitud de las acciones del grupo en el que militaba debido a la visión distorsionada que proporcionaba. Decía que los medios de comunicación «crearon el mito de los *Robin Hood*, de los buenos muchachos, porque en aquel entonces no disparábamos. Luego amplificaron las hazañas, convirtiéndolas en gestas, cuando en realidad no eran más que unas sencillas acciones armadas».⁴ Por todo ello es muy probable que los errores en los que cayeron los periodistas durante la evaluación del terrorismo se hayan producido en determinados casos con buena fe. Sin embargo, veremos que hubo también claros ejemplos de mala información, actitudes contaminadas por escasa profesionalidad y con menores principios deontológicos. Por su parte, los brigadistas se encargaron de difundir panfletos llenos de consignas revolucionarias, en los que transmitieron una imagen distorsionada de la realidad socio-política de Italia además de describirse como algo que no eran, una vanguardia armada legitimada por el pueblo hacia la conquista del poder.





La provocación como acción potencial

El nacimiento de las Brigadas Rojas, en el mes de agosto de 1970, fue anunciado en uno de los opúsculos de *Sinistra Proletaria* (publicación de breve duración que dio voz a los brigadistas durante sus primeras acciones) en el que se habló de «aparición de organizaciones obreras autónomas (Brigadas Rojas)» como «primer momento de autoorganización proletaria para luchar contra los patronos y sus siervos en su terreno». ⁵ A esa «presentación» en la escena radical marxista-leninista de la época, siguieron comunicados de reivindicación de las primeras acciones violentas dirigidas a los jefes de fábrica de empresas tan conocidas como Pirelli, Sit-Siemens o Alfa Romeo, todas ubicadas en Milán, ciudad que se convirtió en el centro neurálgico de la violencia brigadista por lo menos en los primeros años de actividad de la banda. Pero al margen de aquellos folletos insultantes y en los que las Brigadas Rojas se mofaban de los representantes del mundo empresarial milanés, es en los escritos internos donde hay que buscar las verdaderas directrices ideológico-estratégicas de la organización. El comunicado difundido en el mes de abril de 1971 fue uno de los primeros ejemplos en este sentido:

[Las Brigadas Rojas] son un grupo de proletarios que han entendido que para que no se les tome el pelo tienen que actuar con inteligencia, prudencia y en secreto, es decir de manera organizada. Han entendido que no sirve para nada amenazar con palabras y de vez en cuando estallar durante una huelga. Sino que han entendido que los patronos son vulnerables en sus personas, en sus casas, en su organización; que grupos clandestinos de proletarios organizados y vinculados a las fábricas, al barrio, a la escuela y a las luchas, pueden hacer imposible la vida de estos señores. ⁶

Ese texto terminaba definiendo a la banda como «organización política armada», una novedad para la época ya que por primera vez se incluían el brazo armado y el político en una misma entidad, sin división entre las dos ramas

tal y como se estaba haciendo, por ejemplo, en el IRA o en ETA.

En septiembre de 1971 la banda publicó la primera auto-entrevista, un largo documento en el que se destapaba cualquier duda sobre su ideología. Se declaraba fidelidad «al marxismo-leninismo, a la revolución china y a los movimientos guerrilleros metropolitanos, a la tradición científica del movimiento obrero y revolucionario internacional». Se hablaba también de la necesidad de transformarse de «vanguardias políticas de clase a vanguardias políticas armadas» y se decía que «la vanguardia armada no es el brazo armado de un movimiento de masa desarmado, sino su punto de unificación más alto, su petición de poder». ⁷

Si desde el subsuelo las Brigadas Rojas se estaban organizando a gran velocidad y ya habían llevado a cabo ataques violentos (sabotajes y quemas de coches de los directivos de algunas firmas milanesas) eso apenas se reflejaba en los medios de comunicación nacionales. La primera noticia que tenemos relacionadas con las acciones delictivas de la organización se remonta al 26 de enero de 1971, día de la quema de unos camiones de Pirelli en la nave industrial de Lainate. La mañana del 26 de enero de 1971 el *Corriere della Sera*, justo debajo del título *Bombas incendiarias en Lainate*, acusaba de la acción criminal a la «fantasmal» organización extra-parlamentaria Brigada Roja (aún se firmaba en singular). ⁸ Este término, «fantasmal» (en italiano *fantomatica*), se convertiría en uno de los adjetivos más utilizados durante mucho tiempo para referirse a estos terroristas de extrema izquierda en la mayoría de los medios de comunicación italianos. Sobre los riesgos de una mala interpretación del plano semántico de una palabras en contexto de violencia política ya disertó Luis Veres, quien advirtió de que la semántica es mucho más peligrosa e incisiva que la pragmática, por ello hay que tenerla siempre bajo control. ⁹ Sin embargo, detrás de ese calificativo se ocultaba una incapacidad de interpretar la verdadera ubicación ideológica de los brigadistas, algo que



podríamos considerar incluso justificado analizando el periodo histórico que estaba viviendo Italia en aquella época. No olvidemos que a finales de 1969, el país transalpino había sufrido un devastador atentado en el Banco de la Agricultura de la plaza Fontana de Milán, perpetrado por extremistas de ultra derecha, y que en las crónicas ya se estaba hablando de «estrategia de la tensión», es decir de un terrorismo filofascista manipulado por una parte del poder legal establecido entonces en Italia. No parece, por lo tanto, un disparate considerar a las Brigadas Rojas, en sus primeras acciones, como una parte de aquella estrategia de terror que buscaba aumentar la tensión ciudadana en pos de una petición de un gobierno más férreo. Sin embargo, mantener esa incertidumbre durante casi un decenio, tal y como efectivamente pasó, fue totalmente descabellado.

El *Corriere della Sera* no fue el único periódico que dudaba en desenmascarar a los culpables de esta primera acción de Lainate. *Avanti!*, el órgano de información socialista, habló de una posible «provocación de la derecha»;¹⁰ *L'Unità*, el periódico del Partido Comunista Italiano, dedicó un espacio, si bien muy reducido, a lo acontecido en la fábrica de Pirelli donde se decía que:

Quienes han cumplido el acto, aunque se enmascaren detrás de anónimos folletos con fraseología revolucionaria actúan por cuenta de quien, como el mismo Pirelli, está interesado en hacer ver a los ojos de la opinión pública la responsable lucha de los trabajadores para la renovación del contrato como una serie de gamberradas.¹¹

Esta posición de intransigencia y de ceguera por parte especialmente de la prensa de izquierda se mantuvo durante demasiado tiempo. En muchas ocasiones se intentó desnaturalizar la realidad de los acontecimientos, como en este caso donde Leopoldo Pirelli de víctima pasaba a ser el culpable de subyugar a la clase obrera y por ello merecedor de un violento castigo.

Enredando la madeja

El nuevo año se abrió con un aumento del conflicto por parte de las Brigadas Rojas: se produjo el primer «secuestro relámpago». Así se llamaban aquellas acciones en las cuales los brigadistas se llevaban preso a un dirigente de fábrica y, tras un interrogatorio, lo dejaban en libertad pocas horas después. La primera víctima de este tipo de práctica fue Idalgo Macchiarini, dirigente de Sit-Siemens, secuestrado el 2 de marzo de 1972. Al día siguiente fueron muy pocos los periódicos que publicaron la noticia. El *Corriere della Sera* cedió la palabra a personajes representativos del mundo empresarial para que opinaran sobre lo acontecido, mientras que *L'Unità* dedicó un artículo a este hecho en el que se definía lo sucedido como una acción «de bandidos en clave antiobrera».¹² Unos días más tarde, sin embargo, el mismo órgano de prensa del PCI publicó un artículo inquietante. En apenas dos columnas se examinaba la foto que los terroristas habían sacado del secuestrado. En la imagen se veía a Idalgo Macchiarini, a quien se apuntaba con una pistola en la sien. Según información de *L'Unità*, esa imagen era falsa y el desafortunado un «pésimo actor que no sabe recitar el papel que le fue asignado, ya que se queda bajo las amenazas de las pistolas sin mostrar ningún signo ya no de miedo sino ni siquiera de preocupación».¹³ Por si fuera poco, el artículo seguía achacándole a los fascistas las acciones brigadistas ya que se «da por descontado que las Brigadas no son rojas sino negras, del mismo color negro de los que son todos los actos de terrorismo y de provocación de estos tiempos».¹⁴ De esta manera tan lapidaria terminaba el artículo.

Las Brigadas Rojas, sin embargo, se empeñaban en escribir documentos en los que trataban de explicar sus razones de ser y su fondo ideológico sin tapujos. El documento más importante de 1972 fue el de abril, titulado *El voto no paga, ¡cojamos el rifle!* La referencia a las elecciones que se iban a celebrar el 7 de mayo y de su supuesta



inutilidad era más que evidente. Los terroristas hablaban de un «Estado militarizado», criticaban la intervención policial y patronal de represión de los obreros, definían «terrorista» al partido del Movimiento Social Italiano (la extrema derecha neofascista). Decían que «la guerra al neofascismo y al Estado imperialista, es una consecuencia inevitable de la militarización del régimen que caracteriza esta fase de enfrentamiento de clase en nuestro país». Aparecía el Estado imperialista que de allí a poco se trasformaría en Estado Imperialista de las Multinacionales y se tergiversaba la realidad hablando de la existencia de un régimen totalitario en Italia. La conclusión del documento sonaba a declaración de guerra:

No somos abstencionistas, no estamos a favor de desechar las votaciones. Pero decimos a todos los camaradas, con claridad, que el voto no paga nuestra petición de poder; que no es con el voto con lo que se combate la contrarrevolución [...] Unir la izquierda revolucionaria en la lucha armada contra el neofascismo y contra el Estado que lo produce es la actual tarea de los militantes comunistas.¹⁵

La lucha armada hacía su aparición concreta en los comunicados brigadistas y la base ideológica comunista aparecía nítida, más claro no se podía decir.

A principios de mayo de 1972 la policía de Milán encontró un piso franco de las Brigadas Rojas repleto de bombas, armas de guerra, rifles, documentación falsa y nombres de posibles blancos que atacar. *L'Unità* dio la noticia hablando de «presuntas Brigadas Rojas», otro término, «presuntas», que estuvo muy de moda en los años setenta. En italiano es *sedicente* y se puede encontrar en la mayoría de las crónicas dedicadas a los brigadistas en aquella época.¹⁶ El *Corriere della Sera* dedicó un amplio espacio a lo ocurrido. Uno de sus periodistas, Giorgio Zicari, por primera vez utilizó el adjetivo «terrorista» al referirse a la organización; pero fue el único y esa costumbre no se volvió a repetir hasta pasados varios años.¹⁷

Durante todo el año 1972 la policía siguió cosechando éxitos en forma de detenciones de militantes y descubrimiento de pisos francos. En ese tiempo de incertidumbre las Brigadas Rojas redactaron una segunda reflexión teórica después de la autoentrevista de septiembre de 1971. El estilo era idéntico al anterior, una serie de preguntas contestadas por los ideólogos de la banda (casi siempre Renato Curcio, el más representativo de ellos y verdadero líder del grupo). La revista del grupo extraparlamentario de extrema izquierda *Potere Operaio* publicó dicho documento el 11 de marzo de 1973, algo que proporcionó (por si fuera necesario) una pista más sobre cuál era el caldo de cultivo del que provenían aquellos jóvenes y su cercanía con las organizaciones de la izquierda extraparlamentaria. A la pregunta: «Desde distintos sectores se os han acusado de terrorismo. ¿Cuál es su fundamento?», así se contestó:

El terrorismo en nuestro país y en esta fase del choque es un componente de la política llevada a cabo por el frente patronal a partir del atentado de la plaza Fontana para determinar una retirada general del movimiento obrero y una restauración integral de los antiguos niveles de explotación. En particular con esta política el patronato ha intentado llevar a cabo tres objetivos fundamentales: favorecer el crecimiento del bloque reaccionario [...] Apagar el empuje revolucionario [...] Desacreditar las organizaciones revolucionarias [...] Nuestro empeño en las fábricas y en los barrios ha sido desde el principio el de organizar la autonomía proletaria para la resistencia a la contrarrevolución [...] Organizar la resistencia y construir el poder proletario armado son las palabras, son las consignas que han guiado y guían nuestro trabajo revolucionario. ¿Qué tiene que ver con el terrorismo todo esto?¹⁸

Las Brigadas Rojas invertían los papeles, y lo harían durante toda su existencia: el terrorismo pasaba a ser patronal, mientras que en el otro bando se estaba simplemente, y con legitimidad, intentando construir el «poder proletario



armado», un eufemismo que en realidad significaba violencia y asesinatos. Según opinaban los brigadistas «la acción armada es simplemente el momento culminante de una amplia labor política con la cual se organiza la vanguardia obrera».

De allí a unos meses se produjo un salto de calidad en los secuestros. Ettore Amerio, jefe de recursos humanos de FIAT de Turín, fue víctima el 10 de diciembre de 1973 de un largo cautiverio, de una semana de duración. La prensa italiana dedicó amplio espacio a lo acontecido. El *Corriere della Sera* volvió a la teoría de las «fantasmales Brigadas Rojas» preguntándose, en un artículo de Livio Esposito, «si realmente se trata de un grupo exasperado de la extrema izquierda o si es un grupo de la extrema derecha antimaoísta o fascista camuflado». ¹⁹ Al día siguiente, otras líneas periodísticas aumentaron la polémica sobre el verdadero color brigadista. Esto es lo que se leía una vez más en el *Corriere della Sera*:

Estas fantasmales Brigadas Rojas pretenden mostrarse como miembros de extrema izquierda pero hacen sistemáticamente cosas que ayudan sólo a la extrema derecha, acusan a todo el mundo de fascistas pero practican el peor fascismo que se ha visto en Italia desde la caída de Saló, hablan de lucha de clase pero dañan solamente a quienes trabajan. ²⁰

El primer periódico de Italia, con el pasar de los días, aumentó si cabe más su campaña de ocultación de la real ubicación ideológica de los terroristas. Cuando, el 13 de diciembre, la policía identificó a unos de los posibles secuestradores, en las columnas de ese diario comentó lo siguiente: «Máxima discreción sobre la colocación y sobre la extracción del grupo: se ha sabido sólo que «el atrevido» ²¹ y sus seguidores se distanciaron de un grupúsculo de la extrema izquierda para constituirse en movimiento autónomo». Hasta aquí la realidad, pero el artículo seguía de la siguiente manera: «movimiento en el cual, según un esquema ya habitual en los grupos violentos, ²² habían confluído provocadores

de la parte opuesta, almas negras». ²³ Este segundo texto no estaba documentado, era una simple suposición, tendenciosa e incorrecta, por cierto.

Las crónicas de *L'Unità* eran, si cabe, aún más irreales. Para entender mejor la poca profesionalidad de la narración publicada en este periódico hay que explicar que los secuestradores de Ettore Amerio iban disfrazados de trabajadores de la empresa telefónica italiana SIP. En un artículo aparecido el 12 de diciembre de 1973 se proporcionaban unas nuevas pistas sobre lo que podía haber pasado:

Hoy hemos tenido la oportunidad de comprobar, según un testimonio más que razonable, la veracidad de un episodio acontecido hace unos meses en una empresa metalúrgica en el valle de Lanzo. Un equipo de obreros encargados del mantenimiento telefónico en esa empresa se presentó vestido de una manera bastante desconcertante: debajo de los monos los encargados de la empresa llevaban unos jerseys negros y en el cuello medallas fascistas y cruces gamadas. ²⁴

A raíz de esa «exhaustiva» investigación periodística, basándose más bien en rumores de los que ni siquiera se mencionaba la fuente, *L'Unità* enredó un guión al más puro estilo de una novela de ciencia ficción. El autor de dichas líneas es Diego Novelli, futuro alcalde de la ciudad de Turín (desde 1975 a 1985).

Entre armas e ideología

Durante el año 1974 la banda terrorista llevó a cabo su primer asesinato, perdió a sus fundadores e ideólogos, Renato Curcio y Alberto Franceschini, caídos en manos de la policía, y redactó unos documentos importantes para entender la lucha armada en Italia y la organización interna del grupo.

Si las Brigadas Rojas querían subir el nivel de lucha, tenían que poner orden en sus filas. Fue así cómo un detallado documento empezó a difundirse entre sus militantes. En él se podía leer una



gran cantidad de normas a seguir para mejorar la estructura del grupo. Se analizaban conceptos como la organización político-militar, la clandestinidad, y la importancia de proponerse como «vanguardia armada del movimiento de clase obrera», una idea, ésta última, que los brigadistas reiterarán durante casi toda su historia sin nunca haber tenido ese privilegio por parte del pueblo, que en su mayoría aborrecía los métodos violentos de esa organización terrorista. En el texto se incluían explicaciones fundamentales sobre la banda, como la división en columnas, la compartimentación, la repartición en frentes de ataque o la división entre fuerzas regulares (los brigadistas) y fuerzas irregulares (los que colaboraban con la banda sin ser miembros de ella).²⁵

Otra extensa publicación de aquel mismo año hacía referencia a las normas de conducta de los afiliados. En ella se hablaba de cómo había que cuidar la casa, de cómo había que moverse por la ciudad (casi nunca en coche), de cómo había que portarse durante una cita con otro brigadista, de la importancia de no llamar la atención, de lo fundamental que era mimetizarse en la ciudad a pesar de llevar una vida de clandestino.²⁶ En un texto más teórico se analizaba Italia basándose en la dicotomía presente en el concepto de «contrarrevolución», que perfilaba para el país un futuro dividido entre el golpismo y el *gaullismo*.²⁷ La contrarrevolución incluía todas aquellas fuerzas políticas que optaban por un camino al poder de tipo reformista y no revolucionario; enemigos de los brigadistas entonces. El *gaullismo* era la alternativa más blanda al golpe de estado, del que en realidad se consideraba como su *alter ego*. El «ataque al corazón del estado» se convertía en el nuevo imperativo categórico para los brigadistas, tal y como explicaría años más tarde en su libro, *Un contadino nella metrópoli*, uno de los terroristas, Prospero Gallinari: hacía falta «superar el horizonte de la fábrica, atacando el núcleo duro del dominio: la policía, la magistratura, los órganos de la represión», había llegado el momento de «atacar la política».²⁸

La primera acción llevada a cabo por las Brigadas Rojas con el intento de frenar la contrarrevolución, y consecuentemente al Estado, se produjo en el mes de abril de 1974. Ese día los brigadistas secuestraron a Mario Sossi, magistrado del Tribunal de Génova quien había condenado a cadena perpetua a los miembros del grupo armado marxista-leninista XXII de Octubre. El cautiverio duró más de un mes. Se trató de un periodo muy convulso durante el cual los terroristas pidieron la liberación de los militantes del XXII de Octubre (a lo que el magistrado Francesco Coco, superior de Sossi en la Magistratura de Génova, se negó rotundamente) y llegaron incluso a condenar al rehén a la pena de muerte, sentencia que sin embargo no se llevó a cabo prefiriéndose la liberación del juez. Durante el tiempo que duró el secuestro, el desconcierto se apoderó de la prensa italiana. El *Corriere della Sera* volvía a hablar de una posible incursión de la «estrategia de la tensión que sistemáticamente sacude a nuestro país en la víspera de importantes consultas políticas y cuando el clima está más agitado».²⁹ *L'Unità* también hacía hincapié en el delicado periodo en el que se encontraba el país: «una vez más, en un momento tan delicado como éste, la vida del país está profundamente turbada por un episodio criminal de provocación». También aparecía «la estrategia de la tensión» a través de la cual los autores de ese ataque buscaban un «giro reaccionario» para el país.³⁰ El periodista Ibio Paolucci, el mismo día en quinta página, declaraba que «las Brigadas Rojas atacan cuando sirve a la derecha» y añadió que «la última hazaña criminal de las presuntas Brigadas Rojas ha barrido definitivamente cada duda sobre su verdadera naturaleza», refiriéndose claramente a la derecha.³¹ *Avanti!*, además de encarrilar su opinión en la de los demás periódicos afirmando que los brigadistas «se hacen ver en los momentos difíciles del país», describió a los autores del secuestro como a unos «criminales enmascarados de rojo».³² En el editorial titulado *¿Quiénes son y por cuenta de quién?* sin medias tintas se de-



claraba que las Brigadas Rojas hacían una obra de provocación contra la izquierda y por ello se solían mimetizar justo con esa parte ideológica.³³ El periódico de Génova, ciudad en la que se produjo el secuestro, el *Secolo XIX*, se preguntaba «¿A quién le beneficia?», y rápidamente sentenciaba, «le beneficia a la derecha, que quiere un gobierno fuerte, un gobierno de orden».³⁴ Había también quien, como es el caso de *Il Giorno*, seguía creyendo que se trataba de simples «niñatos que jugaban a hacer un juicio revolucionario», frivolisando algo que era muy serio y no valorando en verdad el real alcance criminal de los terroristas, pero este fue un error de evaluación muy extendido en ese periodo.³⁵ Otro punto a destacar es la descripción que la mayoría de los periódicos nacionales hicieron de la víctima. Los adjetivos más utilizados para referirse al magistrado fueron «duro», «intransigente», «riguroso», y se hablaba también de su cercanía ideológica a la derecha, como si eso justificara lo que le estaba pasando.

El 24 de abril apareció en el *Corriere della Sera* una entrevista a un experto en terrorismo del que se prefería mantener el anonimato por razones de seguridad. Sus palabras dejaban claro que quien había secuestrado al magistrado era un grupo en el que participaban «sociólogos de la Universidad de Trento [...] el Colectivo Político Metropolitano, más tarde transformado en Izquierda Proletaria, algunos marxistas-leninistas y un par de anarquistas».³⁶ El periodista, sin embargo, no parecía fiarse de las palabras pronunciadas por el experto, ya que le preguntaba reiteradamente si estaba seguro de lo que decía, a lo que éste replicaba con contundencia: «la realidad es esta. Su connotación política, por lo menos formalmente, es incuestionable». Y luego especificaba:

Es verdad, muchas veces estas Brigadas Rojas hacen pensar en fascistas que se camuflan de comunistas para poner en apuros a la izquierda italiana. Pero también es verdad que reciben solidaridad de algunos grupos de la izquierda extraparlamentaria, que publican en sus revistas los documen-

tos de las Brigadas Rojas, y polemizan, también de forma muy dura, con vosotros los periodistas que definís a las Brigadas Rojas de color neutro o incluso negro.³⁷

La voz de ese experto se quedó aislada. *L'Unità* el 23 de abril, en un artículo titulado *Grotesca caricatura* decía que «todavía hay quien, de manera absurda, asevera que los individuos entregados a estos gestos, de evidente matriz reaccionaria y antipopular, serían hijos del movimiento de inspiración socialista».³⁸

Unos meses después, el 17 de junio de 1974, las Brigadas Rojas mataron por primera vez. Se trató de un doble asesinato. Las víctimas eran dos militantes del Movimiento Social Italiano, Graziano Giralucci y Giuseppe Mazzola, ajusticiados con un tiro en la nuca mientras se encontraban en la sede del partido neofascista en Padua. Al día siguiente los periódicos se movieron de manera cauta, ya que nadie sabía de verdad quien había cometido ese crimen al no haberse difundido todavía la hoja de reivindicación. El día 19, una vez que la reivindicación de los terroristas llegó a los medios de comunicación, parecían despejarse las dudas sobre la autoría del doble asesinato; sin embargo, la prensa italiana fue incapaz de declarar, de manera efectiva, que se trataba de los brigadistas, una organización marxista-leninista. Se hicieron una infinidad de conjeturas entra las cuales destacaba la de un ajuste de cuentas entre neofascistas. *L'Unità* tituló, al día siguiente del atentado (todavía sin reivindicación oficial), *Largas y feroces venganzas en la historia de la federación paduana del MSI*;³⁹ *La Stampa*, una semana después, cuando ya no había ninguna duda sobre quién había provocado esa masacre, bajo el título *Huellas (quizás demasiado llamativas) reconducen a las Brigadas Rojas*, declaraba:

Más arriba de las Brigadas Rojas están dos o tres personas que orquestan las bombas rojas y las bombas negras [...] En este cuadro de sofismas y de maquinaciones donde los colores parecen fundirse, en el negro y en el rojo y al revés [...]



Esta mezcla de fascistas-Brigadas Rojas aconseja ser prudentes.⁴⁰

La negativa a reconocer lo que incluso las Brigadas Rojas se empeñaban en evidenciar era asombrosa, tal y como acabamos de comprobar.

Eternas conjeturas

Lo que se puede notar analizando los periódicos de la época es que la prensa italiana, a pesar de informar sobre acciones de alto nivel criminal como son los secuestros y los asesinatos perpetrados por las Brigadas Rojas, no parecieron darse cuenta de la verdadera peligrosidad de estos hombres cuyos ataques violentos fueron durante demasiado tiempo desestimados. En este error de evaluación intervinieron dos factores que el politólogo Giovanni Sartori definió como «subinformación» y «desinformación»:

Por subinformación entiendo una información totalmente insuficiente que empobrece toda la noticia que da, o el no informar en absoluto, la simple eliminación de nueve noticias sobre diez. Entonces subinformación es un reducir demasiado. Por desinformación entiendo, en cambio, una distorsión de la información, el proporcionar noticias falsas que inducen al oyente o al lector al engaño.⁴¹

Sobre las Brigadas Rojas los periódicos, por lo menos durante los primeros años de existencia del grupo terrorista, subinformaron ya que no publicaron casi nada de las primeras acciones de la banda, y además siguieron proporcionando noticias insuficientes empobreciendo la imagen de peligrosidad de la organización. Pero también hubo una elevada dosis de desinformación al cambiar el «color ideológico» de los terroristas.

En los meses siguientes al primer asesinato, la policía detuvo a los dirigentes y fundadores de las Brigadas Rojas, Renato Curcio y Alberto Franceschini (era el 8 de septiembre de 1974), pero la prensa italiana celebró ese gran golpe policial sin descomponerse mucho. Sin embargo, cuando en febrero un puñado de brigadistas tras irrumpir en la prisión de Casale Monferrato

liberó a Curcio, algunos periódicos (pocos en realidad) quedaron impresionados por esa hazaña. Fue especialmente el recién nacido *Il Giornale Nuovo*, órgano de información liberal fundado por Indro Montanelli,⁴² el que reaccionó con mayor vehemencia. Mario Cervi comentaba:

El episodio de Casale Monferrato tiene dos caras, igualmente importantes e igualmente preocupantes. Por un lado ha revelado, una vez más, la impotencia, la desorganización, la vulnerabilidad del Estado: por el otro ha arrojado luz sobre la agresividad de las Brigadas Rojas [...] Alguien probablemente ha pecado de ligereza. No nos sentimos autorizados a echarle la cruz encima. Él también, como todos nosotros, ha oído repetir hasta el aburrimiento que las tramas rojas son irrelevantes y prácticamente inocuas, y que sólo las tramas negras merecen atención y represión.⁴³

Il Giornale Nuovo parecía estar aislado en la constatación de la entidad real del fenómeno terrorista. El *Corriere della Sera* habló más bien de «burla» contra el Estado.⁴⁴ Reducir a una simple burla la hazaña de haber asaltado una cárcel armados de metralletas a plena luz del día y haber conseguido llevarse al terrorista más peligroso de Italia parece infravalorar excesivamente lo ocurrido y no haber sabido interpretar el riesgo de que el terrorismo estaba aumentando con intensidad tal y como efectivamente hizo. Por su parte, *L'Unità*, y más en general la prensa de izquierda, imputaba la fuga de Curcio a una directa intervención de organizaciones de ultra derecha o de algunos servicios secretos internacionales, negando una vez más la real connotación política del grupo. En mayo, una vez más, *Il Giornale Nuovo* era quien volvía a pedir al Estado que reprimiera la criminalidad de las Brigadas Rojas en un artículo en el que se mencionaban los últimos ataques terroristas en Italia perpetrados por bandas armadas de extrema izquierda.⁴⁵ Unos días antes, los brigadistas habían asaltado el bufete del abogado Massimo De Carolis, un joven de treinta y cinco años jefe del grupo parlamentario de la Democracia Cristiana en Milán.



La reacción a esa nueva incursión del terror en la vida de los italianos fue evaluada de una manera bastante diferente dependiendo del rotativo que se analice. *Il Giornale Nuovo*, que era el único órgano de prensa que veía claras las raíces marxistas-leninistas de los brigadistas, deploraba la enésima acción ilegal de esos individuos. Indro Montanelli firmó una columna en la que, sin reticencia, atacaba al terrorismo neofascista, pero al mismo tiempo ubicaba entre la extrema izquierda a los autores de los últimos actos criminales acaecidos en Milán. Al mismo tiempo advertía de la posibilidad de que cualquier persona pudiera ser víctima de esos fanáticos. He aquí una parte de ese artículo:

No estamos para nada sorprendidos por los que le pasó [a De Carolis]. Lo que le ocurrió a él ya le puede pasar a cualquiera [...] Vemos las cosas en los hechos tal y como se están desarrollando bajo nuestras miradas y, lamentablemente, en nuestra piel.

Se empezó con una afirmación de principio: la violencia siempre llega de la derecha porque allí está su matriz. Si bien no en términos tan absolutos esa aseveración tiene su validez en el plan histórico, y durante un tiempo encontró su confirmación en la crónica [...] cuando en el lado opuesto empezó a delinarse otra violencia, no encontramos muchos argumentos para contraponer a quienes la explicaban y justificaban como una reacción, desordenada y tosca, a la provocación fascista. En la ausencia de los públicos poderes, en la parálisis cada vez más acentuada de los servicios de orden, podía tener su lógica – a pesar de que se trataba de una lógica de la selva – la intimidación preventiva contra otra intimidación, el elemento de disuasión de un terrorismo contra otro terrorismo. Esta fase, sin embargo, ya pertenece al pasado. Extremistas de derecha los hay todavía (y si seguimos así nos tememos que un día serán muchos más), y nosotros somos los primeros que estamos convencidos de que sus amenazas no hay que subestimarlas, ya que tienen facilidades con las bombas y puede que se les vaya la mano y provoquen otras matanzas. Pero el panorama que se abre delante de nuestra mirada: la tropelía sistemática, la cobarde agresión de grupo contra el

individuo aislado, el secuestro de personas como medio de financiación para la acción terrorista, las irrupciones a mano armada en las habitaciones privadas [...] todo esto ya no tiene nada que ver con la derecha y es parte de un nuevo capítulo al que hay que decidir enfrentarse más allá de los esquemas habituales.

Lo que estamos viendo es un aumento de la destrucción ya no de la derecha, sino del sistema, para el cual la «provocación fascista» sirve de coartada, pero de coartada cada vez más desgastada y menos creíble.⁴⁶

Hemos decidido reproducir una parte importante de este artículo porque nos parece significativa por su contenido contracorriente y novedoso. Parece que, en la primavera de 1975, ya por fin alguien empezaba a poner claridad sobre la real connotación de las Brigadas Rojas.⁴⁷ Sin embargo, el resto de los medios de información no tenían la misma visión y volvía a hablar de «estrategia de la provocación» y de «trama terrorista fascista». Pero por lo menos se comenzaba a admitir que: «Nos encontramos delante de comandos criminales, bien armados y adiestrados, formados por personas pagadas para diseminar miedo y desorientación con cualquier medio, sobre todo al acercarse las elecciones».⁴⁸

Si la ceguera del órgano de prensa del Partido Comunista seguía pareciendo aberrante, por lo menos en esta ocasión *L'Unità* declaraba que los terroristas estaban «bien armados y adiestrados» y se abandonaba la nefasta teoría de que se trataba de unos chiflados desorganizados. Por otra parte, en el artículo se dejaba entrever que quien se beneficiaba de ese atentado era la misma Democracia Cristiana que lo había sufrido. Se vinculaba el ataque terrorista a las elecciones regionales que se celebrarían el 15 de junio y en las que el Partido Comunista Italiano sin embargo obtendría el máximo éxito electoral de su historia, desmintiendo claramente esa teoría de que los atentados favorecían a los democristianos los cuales en esa ocasión perdieron muchos votos.



Cuando pocos días después los brigadistas secuestraron al empresario Vallarino Gancia y, tras una intervención por parte de la policía, la terrorista Margherita Cagol y un militar, Giovanni D'Alfonso, fallecieron mientras que el rehén fue liberado, los periódicos celebraron por todo lo alto el éxito de las Fuerzas de Seguridad del Estado, a pesar del enorme derramamiento de sangre. Hubo quien predicó el final de la banda. Andrea Barbato en *La Stampa* declaró ya en el título que *Las Brigadas Rojas han sufrido un golpe mortal*.⁴⁹ El golpe fue indudablemente duro, pero para nada letal. En los meses siguientes los actos de violencia no solo no pararon sino que aumentaron. Otro momento de gran alegría colectiva se produjo en enero de 1976 cuando Curcio fue encarcelado por segunda vez. En el *Corriere della Sera* se podía leer que las Brigadas Rojas habían sido «decapitadas»⁵⁰ y había quien, como Giampaolo Pansa, proponía no dedicarle mucho tiempo a ese «guerrillero convencido y desesperado» y de tratar ese acontecimiento como un «simple caso de crónica»,⁵¹ casi saboreando el final, ya de una vez por todas, del grupo terrorista.

Sin embargo, en ese mismo artículo, el famoso periodista trataba de buscar errores colectivos que hicieron posible que unos jóvenes cogieran un rifle y empezaran a disparar. Entre las motivaciones había una que con el paso de los años empezó a tener cada vez más peso a la hora de analizar aquellos momentos *ex post*; se trataba de aquel fallo colectivo que representó a esos muchachos como a una especie de «Robin Hood», como «a unas personas probablemente malas, pero al mismo tiempo generosas, dispuestas a pagar en primera persona y que estaban en guerra contra un enemigo común, la sociedad injusta que aplasta al más débil bajo el dominio del más fuerte». Ese intento de justificación del que gozaron los terroristas durante los primeros compases de su actividad criminal contaminó de manera irremediable la conciencia que se tenía sobre lo que estaba ocurriendo. Demasiadas veces se intentó buscar una justifi-

cación para aquellos actos de absurda violencia que se solían identificar más con el gamberrismo que con el terrorismo, fruto de una sociedad intoxicada y no de una actitud criminal cada vez más extendida entre jóvenes burgueses y mimados.

A finales de 1975 los brigadistas difundieron la Segunda Resolución de la Dirección Estratégica.⁵² En aquellas páginas se reiteraba la necesidad de construir el «Partido armado»; los brigadistas se proclamaban una vez más como «vanguardia que trabaja dentro de la clase obrera» y, con una distorsión ya habitual de la realidad, declaraban que existía un «vínculo sólido entre la Organización y el pueblo». La tarea de la banda en esa fase era luchar en una «guerra de larga duración».⁵³ Los terroristas hablaban en serio. La euforia por el tanto marcado con la encarcelación definitiva de Curcio se derrumbó cuando las Brigadas Rojas, el 8 de junio de 1976, asesinaron al magistrado Francesco Coco, ese mismo que intervino durante el secuestro Sossi. El día 20 se celebraran las elecciones. Una vez más, tal y como iba siendo habitual, se consumaba un ataque terrorista coincidiendo con una consulta electoral. Esa misma conexión destacaba en la totalidad de los periódicos. Los de izquierda hablaban de «provocación» (*L'Unità* y el *Avanti!*).⁵⁴ *La Repubblica*, recién nacido periódico progresista dedicaba un amplio artículo a la figura de la víctima. Coco era definido ya en el titular «fiel e inquietante servidor del Estado». De ese magistrado se destacaba su «concepción casi descaradamente reaccionaria de la justicia y de la ley» y se criticaba abiertamente su actitud considerada excesivamente rigurosa y hostil hacia cualquier concepción más abierta de la legislación.⁵⁵

Sin embargo en ese mismo periódico había también quien trataba buscar algo de luz sobre lo que estaba ocurriendo. Carlo Rivolta propuso una lúcida visión de lo que eran las Brigadas Rojas en 1976: un conjunto de «decepcionados del 68» los cuales «en nombre del marxismo-leninismo diseminan muerte y miedo».⁵⁶ Por fin



en un periódico de izquierda se intentaba destapar la verdadera identidad de los brigadistas y ya no se hablaba de reaccionarios ni de fascistas enmascarados de comunistas. La paulatina desaparición de adjetivos (des)calificativos referidos a las Brigadas Rojas dejaba entrever que el respeto y el miedo a esa banda terrorista estaban aumentando. Nunca hasta ese momento había llegado tan alto y nunca hasta la fecha se había demostrado tan despiadadamente eficaz.

Periódicos y balas

Tras el primer asesinato, las Brigadas Rojas no dejaron de matar. Sin embargo lo que hizo definitivamente abrir los ojos de casi toda la prensa italiana fueron los acontecimientos acaecidos a partir de junio de 1977, cuando los brigadistas empezaron a agredir a los periodistas (la banda ya había matado a diez personas hasta esa fecha, pero la prensa se resistía a cambiar su actitud hacia la banda). Entre el 1 y el 3 de ese mes los brigadistas hirieron a tres importantes representantes de la prensa nacional. El primero en recibir las balas asesinas fue Vittorio Bruno, subdirector de *Il Secolo XIX*. Todos los periódicos, al día siguiente, gastaron litros de tinta para dar la noticia de esa barbarie. Veinte y cuatro horas después fue alcanzado Indro Montanelli, director de *Il Giornale Nuovo*. Su periódico titulaba al día siguiente *Contra la libertad* y animaba a su prestigioso jefe al mismo tiempo que confortaba a sus lectores.⁵⁷

El director de *La Repubblica*, Eugenio Scalfari, también hacía hincapié en la agresión sufrida en un editorial titulado *Desde hace 8 años el verdadero blanco siempre es la libertad*.⁵⁸ Solidaridad llegaba de las columnas de *L'Unità* que definía «criminal» el atentado contra el director de *Il Giornale Nuovo*.⁵⁹ Ranieri Orlandi admitía afligido que había llegado «nuestro turno». ⁶⁰ El 3 de junio fue el turno del director del telediario de la RAI I Emilio Rossi. El editorial de *La Repubblica* hablaba de «nuevo fascismo», confundiendo una vez más las ideas, pero advertía también del

crecimiento y del fortalecimiento de las Brigadas Rojas.⁶¹ Según *L'Unità* no había ninguna duda: «el ataque estaba dirigido contra la República, es decir contra toda la democracia italiana» y no contra una determinada parte del sistema como demasiadas veces se decía en aquel tiempo, clasificando cada tipo de víctima dependiendo de su colocación ideológica.⁶²

El 5 de junio, bajo el título *El arma secreta*, Ulderico Munzi del *Corriere della Sera* hacía una declaración del poderío de las Brigadas Rojas que «atacan y vuelven a la oscuridad de la clandestinidad [...] Actúan como y donde quieren. Huyen como y donde quieren». ⁶³ En conclusión, los artículos que relataron los ataques a la prensa italiana subrayaban la eficiencia de los terroristas y su peligrosidad, algo que de manera muy esporádica se había hecho con anterioridad.

Unos meses más tarde, la banda terrorista volvió a actuar contra los periodistas pero esta vez no se limitó a herir sino que mató a uno de ellos. Carlo Casalegno, subdirector de *La Stampa* de Turín, fue alcanzado por el fuego brigadista mientras se encontraba en el atrio de su casa. La condena de ese gesto bárbaro fue unánime junto con la preocupación por parte de sus compañeros de profesión de que hubiese llegado para los brigadistas el momento de apuntar a la cabeza y ya no sólo a las piernas como hicieron en junio. *Levantando la mira* era el título de un artículo de Indro Montanelli en el que justo se señalaba ese cambio en la estrategia de los brigadistas;⁶⁴ el *Avanti!* hacía hincapié en el hecho de que los terroristas «dispararon para matar a Casalegno». ⁶⁵

Toda la prensa, de manera unánime, mostró solidaridad con la víctima y denunció la peligrosidad de esos criminales. Ya no quedaba casi nadie que hablase de fantasmales o de presuntas Brigadas Rojas, nadie ponía en entredicho la violencia militar de aquellos terroristas, nadie evitaba la terminología terrorista, pocos quedaban que ya no admitiesen de manera clara que se trataba de una organización marxista-leninista.

De allí a unos meses las Brigadas Rojas pro-



tagonizaron su más celebrada hazaña: el secuestro de Aldo Moro, su posterior ejecución y la masacre de su escolta. Rossana Rossanda, en pleno secuestro, escribió uno de los artículos más emblemáticos de toda la historia de la banda armada italiana. En *Il Manifesto* declaró sin tapujos: «Cualquier persona que hubiese sido comunista en los años cincuenta reconoce de un golpe el nuevo lenguaje de las Brigadas Rojas. Es como hojear el álbum de familia: se encuentran todos los ingredientes que nos propinaron en los cursos Stalin y Zdanov». ⁶⁶ Esa expresión de «álbum de familia» se hizo famosa y demostró que, por fin, alguien del entorno comunista admitía sin rechistar que las Brigadas Rojas nacían de aquella misma área ideológica. Al PCI no le gustó tanta franqueza pero tuvo que asumir que lo que decía Rossanda era la verdad. Tras años intentando convencer y convencerse de que los brigadistas eran fascistas disfrazados de comunistas también el Partido Comunista, y su órgano de prensa, cambiaron el rumbo y comenzaron a hablar de «compañeros que se equivocan», un eufemismo que llevarían explotando hasta el final del terrorismo brigadista. ⁶⁷

NOTAS

- ¹ VERES, Luis, «El signo perverso: sobre lenguaje, terrorismo y práctica periodística», *Revista Latina de comunicación Social*, 52, 2002. <http://www.ull.es/publicaciones/latina/html>.
- ² VERES, Luis, «La simbiosis del terrorismo con los medios de comunicación», *Información para la paz: autocrítica de los medios y responsabilidad del público. Congreso Internacional de Ética y Derecho de la Información*, 2005, pp. 583-601.
- ³ LAQUEUR, Walter, *Storia del terrorismo*, Milano, Rizzoli, 1978, pp. 145-146.
- ⁴ Entrevista a Alfredo Bonavita en el documental *La notte della Repubblica* de Sergio Zavoli, RAI TV, 1989.
- ⁵ RUGGIERO, Lorenzo, *Dossier Brigate rosse 1969-1975*, Milano, Kaos Edizioni, 2007, p. 78.
- ⁶ Comunicado «*Molti compagni o gruppi della sinistra rivoluzionaria*», abril de 1971, en SOCCORSO ROSSO, *Brigate Rosse. Che cosa hanno fatto, che cosa hanno detto, che cosa se ne è detto*, Milano, Feltrinelli, 1976, p. 84.
- ⁷ Autoentrevista, difundida en el mes de septiembre de 1971. *Centro Documentazione Archivio Flamigni* (de aquí en adelante CDAF), *Serie Terrorismo e Stragi*, Sobre 15, Carpeta, 4. En este primer documento, las Brigadas Rojas hablan también de su cercanía estratégica con los tupamaros uru-

guayos. Sobre este tema véase AZCONA, José Manuel y RE, Matteo, «Elementos identitarios de la violencia política internacional: análisis comparado de los tupamaros y de las Brigadas Rojas», *Estudios Ibero Americanos*, v. 38, n.º 2, 2012, p. 284-302.

- ⁸ «Bombe incendiarie a Lainate», *Corriere della Sera*, 26-I-1971.
- ⁹ VERES, Luis, «Desinformación lingüística y terrorismo», en CATALÁN GONZÁLEZ, Miguel (coord.), *Estrategias de la desinformación*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2004, p. 183.
- ¹⁰ «Misterioso attentato contro tre camion della Pirelli», *Avanti!*, 26-I-1971.
- ¹¹ «Provocatorio attentato ad autocarri della Pirelli», *L'Unità*, 26-I-1971.
- ¹² «Vile aggressione ad un dirigente della Sit-Siemens», *L'Unità*, 4-III-1972.
- ¹³ «Qualcosa di americano», *L'Unità*, 15-III-1972.
- ¹⁴ *Ibidem*.
- ¹⁵ «Il voto non paga prendiamo il fucile!», abril de 1972. CDAF- STS 15/4.
- ¹⁶ Quien más ha analizado la actitud de la prensa italiana hacia las Brigadas Rojas fue Michele Brambilla. De hecho, sobre la reiteración de las adjetivaciones «fantasmal» y «presuntas» véase BRAMBILLA, Michele, *L'eskimo in redazione. Quando le Brigate erano sedicenti*, Milano, Edizioni Ares, 1991, p. 15 y ss.
- ¹⁷ «Una 'prigione del popolo' in una cantina di Milano», *Corriere della Sera*, 3-V-1972.
- ¹⁸ «Seconda riflessione teorica», *Potere Operario*, 11-III-1973.
- ¹⁹ «Fanatici della guerriglia urbana», *Corriere della Sera*, 11-XII-1973.
- ²⁰ Saló es la referencia a la República Social fundada en esa misma localidad por Benito Mussolini en 1943; se trataba de un Estado fascista que aguantó hasta el final del segundo conflicto bélico. El artículo citado es de Alberto Sensini, «Strappare la spoletta», *Corriere della Sera*, 12-XII-1973.
- ²¹ Éste era el apodo de Maurizio Ferraris que se suponía ser el jefe de las Brigadas Rojas.
- ²² Se utiliza la palabra *eversivo* que denota una violencia que se coloca entre la criminalidad común y aquella terrorista.
- ²³ «Identificati i rapitori di Ettore Amerio», *Corriere della Sera*, 4-XII-1973.
- ²⁴ Diego Novelli, «Si delineano i torbidi retroscena sul rapimento del dirigente FIAT», *L'Unità*, 12-XII-1973.
- ²⁵ PROGETTO MEMORIA, *Le Parole Scritte*, Roma, Sensibili alle foglie, 1996, pp. 39-45.
- ²⁶ «Norme di sicurezza e stile di lavoro», 1974, CDAF-STTS 16/1.
- ²⁷ «Contra il neogaullismo bisogna portare l'attacco al cuore dello Stato», 1974. CDAF-STTS 15/ 4.
- ²⁸ GALLINARI, Prospero, *Un contadino nella metropoli*, Milano, Bompiani, 2006, p. 108.
- ²⁹ Alberto Sensini, «Un'altra sfida allo Stato», *Corriere della Sera*, 20-IV-1974. En menos de un mes, el 12 de mayo, los italianos iban a votar en el referéndum sobre el divorcio, una consulta popular que se estaba transformando en una lucha política entre Democracia Cristiana, en contra de esa nueva ley, y los partidos de izquierdas, que la avalaban.
- ³⁰ «Una trama evidente», *L'Unità*, 20-IV-1974.



- ³¹ Ibo Paolucci, «Le Brigate Rosse colpiscono quando giova alla destra», *L'Unità*, 20-IV-1974.
- ³² Roberto Pesenti, «Le Brigate del caos», *Avanti!*, 20-IV-1974.
- ³³ «Chi sono e per conto di chi?», *Avanti!*, 20-IV-1974.
- ³⁴ Vittorio Bruno, «Una sfida allo Stato», *Il Secolo XIX*, 20-IV-1974.
- ³⁵ Franco Pierini, «Ma qual è il vero colore politico?», *Il Giorno*, 23-IV-1974.
- ³⁶ El Colectivo Político Metropolitano y el grupo Izquierda Proletaria eran las organizaciones que precedieron el nacimiento de las Brigadas Rojas.
- ³⁷ «Identikit delle Brigate Rosse», *Corriere della Sera*, 24-IV-1974.
- ³⁸ «Grottesca caricatura», *L'Unità*, 23-IV-1974.
- ³⁹ «Larghe e feroci faide nella storia della federazione padovana del MSI», *L'Unità*, 18-VI-1974.
- ⁴⁰ «Tracce (forse troppo vistose) conducono alle Brigate Rosse», *La Stampa*, 24-VI-1974.
- ⁴¹ SARTORI, Giovanni, *Homo videns*, Roma, Laterza, 1997, p. 54.
- ⁴² Indro Montanelli trabajó durante años en el *Corriere della Sera*, pero decidió alejarse de ese rotativo al no apoyar su nueva línea progresista.
- ⁴³ Mario Cervi, «Lezione amara», *Il Giornale Nuovo*, 20-II-1975.
- ⁴⁴ Alberto Sensini, «Lo Stato umiliato», *Corriere della Sera*, 20-II-1975.
- ⁴⁵ Pietro Radius, «Il caldo maggio delle Brigate Rosse», *Corriere della Sera*, 18-V-1975.
- ⁴⁶ Indro Montanelli, «Attacco allo Stato», *Il Giornale Nuovo*, 17-V-1975.
- ⁴⁷ MASTROMATTEO, Gilberto, *Quando i media staccano la spina. Storia del blackout informativo durante gli anni di piombo*, Civitavecchia, Prospettiva Editrice, 2006, p. 75.
- ⁴⁸ «Da che parte stanno», *L'Unità*, 16-V-1975.
- ⁴⁹ Andrea Barbato, «Le Brigate Rosse hanno ricevuto un colpo mortale», *La Stampa*, 8-VI-1975.
- ⁵⁰ G.N., «Decapitate le Brigate Rosse», *Corriere della Sera*, 19-I-1976.
- ⁵¹ Giampaolo Pansa, «Una storia non ancora finita», *Corriere della Sera*, 19-I-1976.
- ⁵² La primera había sido divulgada en abril de ese mismo año y lo más destacable había sido la aparición del concepto de Estado Imperialista de las Multinacionales, ese super-Estado que se basaba en una unión capilar de intereses económicos en perjuicio de los intereses de los ciudadanos.
- ⁵³ «Seconda Risoluzione della Direzione Strategica», noviembre de 1975, CDAF-STS 15/4.
- ⁵⁴ Véanse los artículos «Ferma risposta popolare alla strategia del terrore», *L'Unità*, 10-VI-1976 y «Ancora un tentativo di provocazione», *Avanti!*, 9-VI-1976.
- ⁵⁵ Miriam Mafai, «Un fedele e inquietante servitore dello Stato», *La Repubblica*, 9-VI-1976.
- ⁵⁶ Carlo Rivolta, «Un esercito disperato di delusi dalla pratica politica», *La Repubblica*, 11-VI-1976.
- ⁵⁷ «Contro la libertà», *Il Giornale Nuovo*, 3-VI-1977.
- ⁵⁸ Eugenio Scalfari, «Da 8 anni il vero bersaglio è sempre la libertà», *La Repubblica*, 3-VI-1977.
- ⁵⁹ «Montanelli ferito a colpi di pistola in un attentato di 'Brigatisti rossi'», *L'Unità*, 3-VI-1977.
- ⁶⁰ Ranieri Orlandi, «Il nostro turno», *Corriere della Sera*, 3-VI-1977.
- ⁶¹ Sandro Viola, «Stanno creando le basi del nuovo fascismo», *La Repubblica*, 4-VI-1977.
- ⁶² «Qual è il bersaglio», *L'Unità*, 4-VI-1977.
- ⁶³ Ulderico Munzi, «L'arma segreta», *Corriere della Sera*, 5-VI-1977.
- ⁶⁴ Indro Montanelli, «A miraalzata», *Il Giornale Nuovo*, 17-XI-1977.
- ⁶⁵ «Le BR hanno sparato per uccidere Casalegno», *Avanti!*, 17-XI-1977.
- ⁶⁶ Rossana Rossanda, «Il discorso sulla DC», *Il Manifesto*, 28-III-1978.
- ⁶⁷ Sobre cómo la prensa italiana trató el secuestro de Aldo Moro véanse BORASO, Giuliano, *I quotidiani italiani e il terrorismo: dal caso Moro all'omicidio D'Antona*, tesis *Università degli Studi di Trieste*, 2000 y SILJ, Alessandro, *Brigate Rosse-Stato. Lo scontro spettacolo nella regia della stampa quotidiana*, Firenze, Vallecchi, 1978. Sobre el secuestro y el posterior asesinato del presidente de la Democracia Cristiana véase el capítulo «El caso Moro» en RE, Matteo, *Pertenencia a banda armada. Ataque al corazón del Estado y terrorismo en Italia*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.



Acto homenaje en México a los republicanos españoles

